



Nilita Vientós

entre Henry James y las corporaciones azucareras

Por Arcadio Díaz Quiñones
Colaborador de En Rojo

Hablar de Nilita Vientós Gastón es hablar del poder intelectual, de la voluntad de poder de los letrados, del espacio de sus proyectos, de sus pugnas internas y sus escisiones. Para hablar de Nilita tendríamos también que preguntarnos qué papel ha jugado la mujer en la ciudad letrada puertorriqueña y en la reinención constante de sus jerarquías y sus tradiciones.

En esta ocasión sólo puedo ofrecer un esquema, algunas imaginarias hipótesis que podrían servir como punto de partida para un relato más completo. El esquema que propongo sitúa la figura de Nilita entre Henry James y las corporaciones azucareras. Es decir, una figura que se sitúa, a la vez, en el centro y en la periferia, muy cerca de los proyectos dominantes, y marginada voluntariamente reclamando otro espacio heterogéneo. Veamos.

Los letrados y las corporaciones azucareras

En el año 1940 se inicia un proyecto modernizador soñado por los letrados que integran la llamada generación del 30: Pedreira, Tomás Blanco, Géigel Polanco, Belaval, Luis Muñoz Marín. La cultura letrada de aquellos años, heredera del Nuevo Trato, reclamó legitimidad y reveló sus formas y sus aspiraciones en libros como *Insularismo* de Pedreira y el *Prontuario histórico de Puerto Rico* de Tomás Blanco. En las frases lapidarias de esos textos la escritura diseñaba la "identidad nacional" y realizaba la unidad simbólica del "pueblo" con los letrados, quienes habían concebido toda una versión histórica.

La Ley de las 500 acres

En esa visión de la totalidad las mujeres y el "pueblo" tenían asignado un papel subordinado. La gran alianza propuesta, con los letrados a la cabeza, permitiría la lucha contra el gran adversario: las corporaciones azucareras ausentistas. Luchar contra los monopolios azucareros era, se decía entonces, un programa salvador. Nilita Vientós era una de las pocas mujeres que integraban la ciudad letrada. Y sus pasos incipientes desembocaron en los tribunales en la lucha encarnada en la Ley de los 500 acres contra las corporaciones azucareras.

El Partido Popular pondría en marcha a un país devastado por el colonialismo azucarero, concilia-

ría a una sociedad sectorizada en sus intereses y llevaría adelante su cruzada de "Pan, Tierra y Libertad".

El progreso: la nueva ortodoxia

Los problemas fundamentales de la dominación imperialista, sin embargo, transformaron el proyecto de modernización hacia la llamada industrialización. Muchos de los letrados se hicieron "profesionales", y pasaron a administrar las poderosas instituciones —Universidad, Junta de Planificación, Fomento Industrial— que con gran energía transformaron la ciudad real bajo la consigna "Operación Manos a la Obra". Poco a poco cristalizó una nueva ortodoxia: modernidad, estabilidad, crecimiento sostenido, emigración, y un nuevo marco de subordinación política a la metrópoli en un clima macartista. Ya habían desaparecido las corporaciones azucareras; se hablaba de un "milagro" puertorriqueño, de una "revolución pacífica".

La resistencia a la nueva ortodoxia

¿Qué había hecho Nilita Vientós durante ese proceso? Respaldada por la autoridad de la ciudad letrada, empezó a bifurcar su camino. Ante el nuevo menosprecio por las actividades marginales, Nilita Vientós se situó en el centro mismo de una institución anacrónica, el Ateneo de Puerto Rico, y fundó una revista literaria, *Asomante*.

Desde esta periferia, instauró su forma peculiar de resistencia a la nueva ortodoxia. Sin enfrentarse directamente a las nuevas instituciones, sus propias y pequeñas instituciones empezaron a funcionar como arena democrática en una sociedad crecientemente controlada por la ideología del progreso en el marco colonial.

La anexión de Henry James

Más aún, desde el espacio reducido que le permitía hacer crítica periodística, se dedicó a ensanchar y a redefinir la noción de "literatura" en la sociedad puertorriqueña. Así, a pesar de que se identificó como independentista y defensora de los valores "nacionales", escribió un importante libro sobre Henry James, celebró a Virginia Woolf, a Faulkner, a Hemingway y a muchos otros, en sus artículos y reseñas de *Índice Cultural*.

Para decirlo de otro modo: cuando los letrados oficiales —ya desde el poder político— combatían la nacionalidad puertorriqueña o seguían dócil-

Henry James



mente una línea macartista, Nilita Vientós llevó a cabo una operación compleja y sutil, anexando territorios a la literatura nacional. Desaparecidas las corporaciones azucareras, se desvanecía el adversario que había aglutinado la vieja ciudad letrada. En los años cincuenta los nuevos adversarios eran los propios disidentes puertorriqueños. Ni la Universidad ni el Instituto de Cultura convocaron a Nilita Vientós a formar parte de sus cuadros directores. Su incómoda voz empezaba ya a combatir los dogmas avasalladores del progreso industrial dependiente.

Nilita Vientós no podía oponer un plan alternativo completo a la ideología triunfante de los años cincuenta. Sin romper nunca totalmente con la vieja ciudad letrada que se había formado en la cruzada antiazucarera, Nilita comienza, con un propósito inquebrantable, a reedificar el espacio letrado, insistiendo en la tolerancia de los disidentes. Henry James era una huída simbólica y necesaria. La crítica consistía en contribuir a la fundación de otros espacios, en trazar nuevas vías, y en legitimar las voces de la oposición. La anexión de Henry James (y de tantos otros) redefinía, a largo plazo, el espacio de la heterodoxia. Nilita, tan independentista, ha sido también, desde este punto de vista, una hábil anexionista.

Una lección poética y política

Esta reestructuración del campo literario, hecha desde la marginalidad, era una apuesta a largo plazo. Hacia 1970, cuando ya la crisis de la utopía industrial se hizo patente, se pretendió silenciar su revista *Asomante*. Fue imposible. Con su característica energía, supo aprovechar la coyuntura, y se sumó decididamente a las nuevas iniciativas impugnadoras, y fundó la revista *Sin Nombre*.

Hoy, cuando los profesionales del "milagro económico" han caído en el descrédito, la operación crítica y valiente de una mujer cuyo modelo parece ser Madame de Staël, adquiere todo su significado. Resistiéndose a la moral del miedo, por una parte, y, por otra, negándose a aceptar lo literario como mera mercancía impuesta a los "consumidores", deseó y construyó lo literario como posibilidad de apertura y pensamiento crítico. Esta es, creo, la gran lección —poética y política— de una admirable mujer que se ha situado entre Henry James y las corporaciones azucareras, conservando así la figura del letrado como voz incómoda y dinámica, y fundando espacios que esbozan futuras alianzas y esperanzas. ★